

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, setiembre de 1952

Núm. 1003

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

De la tierra al cielo

|| A conocí cuando tenía más de setenta años. Era doña Eduvigis una viejecita muy arrugadilla y apergamada, pero muy pulcra y muy decidora. Jamás se vió una marcha en sus vestidos, y a pesar de su genio alegre y dicharachero, nunca mancharon su lengua la murmuración ni el sarcasmo. Era, en suma, limpia de cuerpo y limpia de alma, vieja por fuera e infantil por dentro, devota sin llegar a beata, generosa sin caer en pródiga, y sana de corazón, como lo demostraba su entusiasmo por los niños. Solterona impenitente—no sé si por propio propósito o por desvío ajeno—, en cuanto veía un niño, se llenaba su alma de maternidad; que de otro modo no sabía yo cómo expresarlo. Relucían sus ojos con claridades de cariño, se endulzaba su voz con maternales acentos, y hasta sus miserables arrugas cobraban esa dignidad que tienen las arrugas que hemos visto en los rostros de nuestras madres. Doña Eduvigis, como todos la llamaban en el barrio, sin añadir apellido ni despegar nunca el nombre del respetuoso tratamiento, era, en fin, una viejecilla muy simpática, que adoraba a los niños y el agua fresca, y conseguía la estimación y el afecto de cuantos la trataban.

Pues a pesar de tan excelentes cualidades, la pobre doña Eduvigis se murió tranquila y limpiamente, sin que la administraran potingues ni le aplicasen emplastos; se murió de pronto, después de haber bebido un vaso de agua como para despedirse de lo mejor que hay en el mundo, o por lo menos de lo que ella tenía en mayor estimación y había hecho uso más frecuente durante toda su larga existencia. Y cuando llegó al cielo la noticia de la muerte de doña Eduvigis, dijo San Pedro:

—A esa buena señora no hay que mandar un ángel que la acompañe hasta aquí, pues de seguro que se sabe el camino.

Y como por entonces tenía muchas cosas de qué ocuparse el celestial portero, no volvió a pensar en doña Eduvigis

Efectivamente; la simpática viejecilla, desvalida de ángel que la guiara, subía por las regiones etéreas sin dudas ni apresuramientos, sin asombro ni temores, rezando y hasta tosiendo discretamente entre oración y oración como en el mundo solía. Pasado bastante tiempo, San Pedro, que se acordó repentinamente de ella, le preguntó al ángel que hacía la guardia en el cielo:

—¿Ha llegado ya doña Eduvigis?

—No, señor, le respondió inclinándose el ángel.

—¡Es extraño! Aunque bien considerado, a su edad todos los caminos son largos. En fin, en cuanto llegue, ábrele la puerta y ven a decírmelo para que se lo avise al Señor.

Transcurrió otro largo lapso de tiempo, y San Pedro, ya impaciente, volvió a preguntar:

—¿Pero no ha llegado todavía doña Eduvigis?

—No, señor; todavía no ha llegado.

—¿Pues por dónde andaré esa alma de Dios? ¿A qué se nos ha metido en el Purgatorio? Ea, asómate un poco a ver si la distingues por el camino ¡Esto de que no haya de poder un santo fiarse ni de su sombra! ¿La ves ya?

—Nada veo.

—¡Cerrojos! Esto ya pasa de la raya. Voy a contárselo al Señor.

Y llegando San Pedro a su augusta presencia, dijo:

—¡Señor, que se nos ha perdido un alma!

—Muchas se nos pierden, Pedro, en los caminos del mundo.

—¡Pero si ésta se nos ha perdido en el del cielo!

—¿Crees que la tentación no acecha a los hombres aun en ese mismo camino?

—¡Pero si lo que se nos ha perdido era una viejecilla incapaz de pecar! ¡La buena de doña Eduvigis, que no tenía, salvo el amor divino, otro amor que el de las criaturas y el agua fresca!

—Pues bien; búscala, Pedro, que ella aparecerá.

Al Purgatorio iré, Señor, a buscarla, porque en él debió meterse por equivocación. Y después de inclinarse tres

veces ante el trono de Dios, salió del cielo San Pedro camino del Purgatorio

La jornada no es larga y el camino es bueno. Todo él se reduce a un hermosísimo puente de un solo arco que arranca de las puertas del Purgatorio y remata en las mismas puertas del cielo. Lo construyó la Esperanza; su fábrica es hermosísima. En el Purgatorio fué acogido San Pedro con aclamaciones de la más intensa alegría.

¡Cómo le miraban a las llaves todos los que allí esperan la remisión de sus culpas!

¿Ha venido por aquí una viejecilla muy limpia y muy alegre que se llama doña Eduvigis? preguntaba San Pedro.

—No, Señor, le respondían. Aquí no ha entrado nadie que esté tan limpio como ella, ni tan alegre tampoco.

San Pedro, no fiándose de tales respuestas, revolvió todo el Purgatorio, mandando apagar un instante las gigantes llamas para que la viejecilla no pudiera quedar oculta entre ellas; pero no la vió, a pesar de tantas precauciones y pesquisas. Decididamente no estaba allí.

—¡Buena la hice yo por no mandarla el ángel! repetía apesadumbrado el apóstol, mientras los abrasados pecadores, decían:

—Por qué no manda usted apagar otro poquito las llamas, para que la busquemos mejor?

—¡En suma, señor, que doña Eduvigis no parece! exclamó San Pedro llegando de vuelta del Purgatorio a la presencia de Dios.

¿No dices, Pedro, que le gustaban tanto los niños y el agua fresca?

—Sí, señor, un verdadero delirio.

—¿Hay algún manantial en el camino del cielo?

—Que yo sepa, no hay ninguno.

—¿Manantial de agua, o manantial de cariño?...

—Nada, no señor; no recuerdo que haya camino del cielo más que el Limbo; ¿pero a qué persona de edad se le va a ocurrir meterse allí?

Una inefable sonrisa vistió los divinos labios, y después el Señor dijo:

—Búscala en el Limbo, Pedro, que ese es el manantial.

Y efectivamente; apenas abrió San Pedro las débiles puertas del Limbo, menos resistentes aún que las de un

aprisco de ovejas, oyó entre las infantiles carcajadas de las innumerables criaturas albergadas allí una voz gan-gosa que decía:

—Ahora jugaremos un rato a las tabas, y otro rato a escondernos luego.

San Pedro no volvía de su asombro. ¡Una persona de edad como doña Eduvigis, que tenía un puesto tan digno y respetable en el cielo, jugando a las tabas con las criaturas del Limbo.

—¡Pero señora... le dijo apenas la divisó.

Y no pudo decir más

¡Cómo estaba doña Eduvigis! ¡Ella, que jamás había tenido una mancha en su vestido, bueno se lo habían puesto los inocentes!

Pringue de caramelos, manchones de babas, ¡un verdadero horror! ¡Y qué especie de felicidad resplandecía en su rostro! en su rostro, que corriendo igual suerte que el vestido, conservaba profusas huellas de los infantiles labios que estamparon sus besos en él.

—Pero, señora, repitió con nuevo aliento el apóstol apartando dos o tres criaturas de las que rodeaban a doña Eduvigis, ¿le parece a usted esto bien? ¿Cree usted ni medio regular siquiera que mientras la busco a usted por todas partes y voy por su causa con embajadas al Señor, se nos esté usted aquí jugando a las tabas con estos mamoncillos? Ea, levántese usted, y vámonos rezando un rosario por el camino al cielo.

—¡Al cielo! respondió toda confusa doña Eduvigis. ¿Pero no es este el cielo?

—¡Qué ha de ser, señora, qué ha de ser!

—¿Pues qué es esto? preguntó la infeliz solterona mirando con material afán a todas las criaturas, que estaban acobardadas a su alrededor.

—Esto, señora, es el Limbo. ¿De dónde ha sacado usted que pudiera ser el cielo?

Doña Eduvigis se puso primero muy encarnada, después dobló la cabeza, y respondió con voz muy queda y temblorosa:

—Creí que era el cielo porque aquí me llamaban madre.

San Pedro, pescador al fin de hombres, comprendió la inmensa copia de cariño maternal, oculta y estéril tanto tiempo en el alma de la solterona, y enmudeció.

Y cuando salían del Limbo, entre las lamentaciones de las criaturas, que agarrándose a las faldas de doña Eduvigis le decían con cariñosas y suplicantes voces «¡madre, no te vayas!», en los ojos de la viejecilla temblaba una lágrima, esa hermosa lágrima que tiembla en los ojos de todas las madres que se van al cielo.

Religión y patriotismo

Mediaba el siglo XII. los moros andaluces, reforzados con las huestes venidas del otro lado del Estrecho, sitiaban la ciudad de Almería, y a la vez movieron en fuerte algara por

las fronteras castellanas. Salió al encuentro de ellos el animoso monarca Alonso VII el Emperador, rey de Castilla y León, y en terrible y sangrienta campal batalla los puso en vergonzosa huida. Aquel fué el último triunfo de don Alonso, que, aquejado de mortal dolencia, hubo de tomar la vuelta a Toledo; pero no pudo llegar a la imperial ciudad, porque agravóse en tales términos que—dice un historiador—«hubo necesidad de armarle una tienda de campaña debajo de una encina en los campos de Fresneda, y allí acabó sus días en aquella soledad, como caballero cristiano, entre las lágrimas de su ejército y de las personas que rodeaban su lecho.»

Sucedió esto en 1157.

No bien supieron los moros la muerte del egregio Don Alonso, volvieron sobre la frontera de Castilla por la parte de Calatrava, tan arrogantes, tan amenazadores y en tanto número, que los valerosos Templarios que estaban en posesión de la villa desampararon las fortalezas y emprendieron la retirada, con lo que ya tenían los agarenos franco el paso para llegar sin mayores tropiezos al corazón mismo del reino castellano.

En tan grave aprieto, Don Sancho el Deseado, hijo del Emperador don Alonso, convidó con la tenencia de Calatrava a varios de los ricos-homes, a ilustres capitanes, cuyo valor y pericia eran notorios por haber compartido muchas veces los laureles de la victoria con su invicto padre; pero aquellos nobles guerreros, tan diestros en las lides, no quisieron tomar sobre sí los riesgos de una empresa que consideraban más que temeraria a la sazón, por la mudable condición de las cosas de la guerra.

Desesperanzado Don Sancho, y mientras pudiera reunir los elementos necesarios de la defensa, teniendo que acudir al mismo tiempo a sus fronteras con Navarra, invadida la Rioja, se le ocurrió publicar un edicto ofreciendo a perpetuidad la villa de Calatrava y todos sus términos al que se hiciera cargo de su defensa, y a sus sucesores legítimos, por juro de heredad.

Transcurría el tiempo; los moros avanzaban con más decisión cada vez, y nadie ofrecía a Don Sancho por Calatrava su espada.

Pero un día llegaron al alcázar de Toledo dos humildes monjes del Cister, el abad de Fitero, (en Navarra), Fray Raimundo, y Fray Diego Velázquez, noble y valerosísimo guerrero éste último, que se desnudó el arnés para vestir el penitente hábito de los esclarecidos hijos de San Bernardo.

Recibió Don Sancho a los religiosos y consultó con ellos el asunto de Calatrava, y Fr. Diego fué en el consejo animoso y resuelto, dejando entrever que, si la Orden lo aprobase, ellos se encerrarían en Calatrava para defender la villa, que era la llave de las fronteras por aquella parte.

Oyolos Don Sancho, oyó también a los señores de su corte, y a poco, en la villa de Almazán a primeros días del mes de Enero de 1158 firmaba el Rey

de Castilla la escritura de donación de la villa de Calatrava, con todas sus fortalezas y todos sus términos a favor de los religiosos del Cister, que por patriotismo recortaron sus hábitos para revestirse de la guerrera armadura, haciendo a Dios el sacrificio de sus vidas en lucha continua con los sarracenos.

No bien se firmó el documento, volaron Fr. Raimundo a Fitero, para volver acompañado de sus hermanos en religión, primer núcleo de los defensores de Calatrava; y Fr. Diego a predicar aquella singular nueva cruzada que muy pronto concitó la más lucida hueste, arma, pertrechos, bastimentos, que pusieron la amenazada villa en tal pie de defensa, que los moros ya próximos, hicieron alto primero y retrocedieron después ante las lanzas de la recién nacida, nobilísima y militar Orden de Calatrava, que dió, por vez primera al viento, su blanco estandarte, en cuyo fondo campea la roja cruz de grana de brazos iguales, rematando en flores de lis,

Desde entonces, en cien gloriosos combates sellaron con su sangre, como en Alarcos, los cruzados caballeros la promesa hecha a don Sancho el Deseado y los juramentos de su Instituto, batallando sin cesar contra la morisma bajo el sagrado de la Bula (1164) de Alejandro III

¡Grandes servicios prestaron siempre los religiosos a la fe católica, a la iglesia con sus virtudes, a las ciencias y a las artes con sus estudios, pero no fueron menos los que siempre también prestaron a la patria y en momentos del mayor apremio! Nuestras religiosas Ordenes Militares, Santiago, Alcántara, Calatrava, Montesa... y tantas otras, fueron honradas y celebradas por sus mismos enemigos; en el Romancero Morisco—y pudiéramos citar muchos pasajes—se lee este lindo elogio que hace Jarife de nuestros religiosos caballeros:

«Puerta han dado mis empresas
a más de un morir de fama:
más de una vez el maestro
midió conmigo su lanza;
más de un golpe de los suyos
guarda por blasón mi adarga.»

K.

Me sometí a la prueba del hambre

Las atroces torturas del hambre descritas por quien las sufrió voluntariamente.

Cuántas veces leo que hay en el mundo millares de personas que están padeciendo las torturas del hambre, me represento muy a lo vivo lo que esto significa, así en lo físico como en lo moral. Conozco esas torturas por propia experiencia. Formé parte del grupo de treinta y seis hombres refractarios al servicio de las armas que nos ofrecimos a someternos voluntariamente, por espacio de seis meses a los experimentos que llevarían a cabo en la universidad de Minnesota para determinar

los efectos del hambre en el organismo humano.

El experimento comenzó el 12 de febrero de 1945. Nuestras raciones equivalían a las de los habitantes de una región azotada por el hambre. Nos servían con monótona regularidad papas cocidas, nabos, repollos, cereales, macarrones y pan. A veces, unas dos onzas de leche, y un poco de compota o de gelatina. De azúcar, apenas una cucharadita diaria.

Cuando comenzó el experimento, pesaba yo ochenta y dos kilos—unos nueve más de lo que me correspondía. Al perder esos kilos sobrantes, me sentí más vigoroso y animado. No les sucedió lo mismo a los que, en vez de perder grasa, perdían músculo. Empezaron a mostrarse irritables y faltos de dominio sobre sí mismos.

Mientras más aguda iba haciéndose el hambre, más trabajo nos costaba dominar el mal humor. Siempre estábamos cavilosos, impacientes, irritables. Se nos hacía difícil dar principio a algo; en cambio, una vez principiado, nos sacaba de quicio el que alguien nos interrumpiese. Todos empezamos a padecer de desarreglos nerviosos, y a sentir síntomas de enfermedades que residían en nuestra imaginación.

Notaba yo como entumecida la parte anterior de las piernas. Este fenómeno, de origen puramente nervioso, me hacía experimentar la sensación de que me hubieran cubierto la piel con delgadas capas de caucho. Aunque en nada me dificultaba el movimiento, era cosa que me mortificaba y me traía preocupado. A muchos de mis compañeros se les hincharon los tobillos y las rodillas, hasta ponerse a veces, en sólo media hora, el doble o el triple de su grueso natural. Otros sufrían de vértigos.

Todos vimos reducirse el campo de nuestro interés y nuestra actividad. Nos era imposible concentrar la atención. Nos pasábamos las horas en la biblioteca, con un libro por delante y soñando despiertos en ese pasado que se nos presentaba tan lleno de recuerdos gastronómicos.

Vivíamos con frío. No nos parecían calurosos días en que el termómetro marcaba 32 grados centígrados, y dormíamos arropados con dos mantas de las que usan en el ejército.

Cosas en que ni siquiera reparábamos antes, nos crispaban ahora los nervios. Se nos aguzó extraordinariamente el oído.

Hacia fines de mayo, hubo un día de alivio, en el cual nos regalaron con platos que, aún a estas fechas, parecen maravillosos. En la comida hubo pollo—apenas dos tajaditas por cabeza—; rica salsa, servida aparte, y a discreción; puré de papas, maíz y—¡colmo de gollerías!—helado y bizcocho de chocolate. Algunos de los presentes se echaron a llorar al ver todo aquello en la mesa.

En la segunda mitad de nuestra prueba de hambre, nos flaqueaba a todos la voluntad. Se nos hacía difícil tener presentes los fines del experimento a que nos habíamos sometido. Pesaba yo para entonces, nada más que 57 kilos. A mis compañeros, como a mí, no era solamente el estómago lo que ahora nos pedía alimento; eran también las piernas y los pies. Estábamos, en realidad, devorándonos a nosotros mismos.

Los directores del experimento nos dejaban en completa libertad para que trabajásemos o no, pues querían ver qué hacíamos de propia voluntad. Lo cierto del caso era que no teníamos voluntad para nada.

Hacia fines del experimento, más que hombres, parecíamos esqueletos. Erizado y como desteñido el cabello (algunos empezaban a quedarse calvos); hundidas las sienes; sumida la piel alrededor de las orejas; visibles ya los tendones de la nuca. La piel de todo el cuerpo se nos llenó de escamas, y era tan sensible al más leve contacto, que, antes de sentarnos en una silla, teníamos que cubrirle el asiento y el espaldar con una manta, para no lastimarnos. El corazón, las arterias y las venas se nos contrajeron a nueve décimos de su tamaño normal. El blanco de los ojos, perdida su apariencia acostumbrada, cobró una traslúcida frialdad de porcelana. Permanecíamos con la mirada fija, porque dirigirla en una u otra dirección nos costaba trabajo. Esos ojos nuestros—alelados, incapaces de abarcar más de un sólo objeto a la vez—miraban con la mirada expresiva fijeza que todos hemos notado en los ojos que nos miran desde las fotografías de habitantes de regiones azotadas por el hambre.

El día que cesó el régimen de hambre y empezó el de nuestra rehabilitación hubo terribles sorpresas. Las cuatrocientas calorías suplementarias que recibimos, nos parecieron nada. Nos sentíamos perfectamente capaces de consumir el triple de alimentos. Lo cierto era, sin embargo, que teníamos encogido el estómago, del cual faltaban virtualmente los jugos digestivos. Fueron menester diez días de un aumento gradual de la ración para que empezáramos a experimentar alguna mejoría.

A medida que íbamos reponiéndonos pasábamos de nuevo—solo que a la inversa—por los mismos cambios ya experimentados. Desapareció paulatinamente nuestra apatía. Volvimos a ser sensibles a los estímulos exteriores.

Después de doce semanas, el reentrenamiento de rehabilitación cedió el puesto a un régimen de completa libertad.

Necesité varios meses para recuperar las pérdidas energías. Comiese lo que comiese, nunca quedaba satisfecho. Los profundos trastornos emocionales que había experimentado me hacían sentir que yo era hombre muy distinto del que imaginaba ser; no acertaba, en realidad, a formarme una idea clara de mí mismo.

Los que nos sometimos voluntariamente a esa prueba de hambre, sabíamos de antemano la fecha en que terminaría. Estábamos, además, en manos de médicos que velaban celosamente para evitar que peligrara nuestra vida. Los millones de seres humanos que en la actualidad padecen las torturas del hambre en diferentes regiones del mundo, no cuentan con esa seguridad ni con esas garantías. En aquellos que logren sobrevivir, esa época terrible por que ahora pasan, dejará huella indeleble: nunca podrán olvidarla; nunca volverán a ser los mismos que antes.

¡Que Dios tenga misericordia de tantas gentes que padecen hambre por la injusticia de los hombres!

K. T.

A la Virgen de Covadonga

Señora: yo quisiera
hoy ser tu caballero;
rendir el mundo entero
ante tu sacro altar.

Traer con mi victoria
de todas las naciones,
los nobles corazones
que te desean amar.

Quisiera que mi mano
en tu nombre se abriera;
dar al mundo quisiera
los dones de tu amor.

Hacer que tu semilla
no se pierda en barbecho;
hacer que en cada pecho
brote por Ti una flor.

Yo quisiera el cariño
que existe en todo el mundo,
y el amor más profundo
a este mi amor sumar.

Y con esos amores,
Virgen de Covadonga
que en mi pecho te ponga
para siempre un altar.

Hermenegildo Rodríguez

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Uno de los aspectos más destacados de nuestra religión católica es la caridad.

Esta tiene muy distintas formas. En la vida de Jesús de Nazaret, ha quedado muy destacada en infinidad de parábolas y en los actos que públicamente realizaba el Maestro no solo con los pobres, sino también con tantos necesitados y pecadores como acudían a El de continuo.

En el *amor al prójimo* que el Decálogo nos señala, está comprendida la doctrina de la caridad.

Si la cumplimos exactamente, el mundo cambiaría de aspecto y volveríamos a la vida de un nuevo paraíso terrenal.

No está toda la caridad cristiana en la limosna que damos al necesitado, con ser ésta la forma más clara de nuestro amor al prójimo. Hay otra forma de caridad que, aunque tal vez menos espectacular, forma parte de la misma, y por tanto del amor al prójimo.

No podemos juzgar los actos ajenos por las meras apariencias, pues es muy probable que nos equivoquemos en nuestro juicio.

¿Qué sabemos nosotros de las causas o estado mental del hombre en el momento fatal de un acto sorprendente?.. Dios que ve el interior de la conciencia, las circunstancias de cada caso, la sensibilidad afectada cruelmente por la gota diaria de mortificantes órdenes y contraórdenes recibidas en el cumplimiento de un deber profesional, Dios que lo ve todo, juzgará mejor, mucho mejor, que nosotros el apasionado suceso que al salirse de la razón nos sorprende, nos llena de confusión y nos hace juzgar irreflexivamente los actos ajenos.

La caridad, ha de abarcar también a la crítica ajena, sin menoscabar el honor ni

la dignidad de nadie, callándonos prudentemente el comentario que nos sugieren los hechos externos y reteniendo la lengua que fácil deja escapar una palabra dura, una frase hiriente, un comentario procaz, irrespetuoso con el mal ajeno e injusto por ligero e irreflexivo.

Este es, pues, otro aspecto de la caridad cristiana.

A veces un simple gesto es suficiente, otras una sonrisa de ironía dice todo un comentario, y hasta un silencio puede ser contrario a la caridad cristiana que nos han enseñado en la doctrina de Jesús de Nazaret y que tantas veces hemos visto practicada por el Maestro en los años de su vida pública.

No juguemos con la honra ajena, tan fácil de destruir a veces con el simple comentario.

Mucho daño podemos hacer con ello; pero mucho mayor es el daño que nos hacemos a nosotros mismos, pues ante Dios, nuestro pecado es muy grave y sus efectos no siempre son reparables.

Tengamos caridad con el prójimo, por muy caído que lo veamos, por muy hundido que esté, por muy pública y escandalosa que sea su falta, que a pesar de todo, nosotros no podemos juzgar por esas tristes apariencias.

Si no estamos muy seguros, callemos y si sabemos demasiado, callemos también, porque estad seguros que nunca sabréis lo suficiente para juzgar los actos externos que vemos realizar a nuestros semejantes.

La caridad tiene muchas facetas y esta es muy interesante.

...y Jesús de Nazaret, les dijo:

—No juzguéis y no sereis juzgados...

R.

Comentando

Los hombres gordos

Yo no sé a qué causas obedecerá la gordura, ni en qué consiste científicamente; sólo sé que un hombre gordo, como el prevenido, vale lo menos dos y da mucha importancia a todo lo que le rodea. Para las procesiones, desfiles, presidencias y cargos importantes, yo siempre elegiría un hombre gordo.

El premio mayor de la lotería, la de Navidad, se llama ¡el gordo!

El rey de más bulto que ha habido, nadie negará que es Sancho el Craso.

Por ahí se dice: una persona gorda, por un personaje.

Todo esto demuestra la importancia, la prosopopeya que tienen los gordos.

Y pasando a otra cosa. ¡La felicidad debe ser gorda! Vean si no mis queridos lectores cómo el semblante, las actitudes, etc., de los gordos indican casi siempre la satisfacción, el reposo, la felicidad.

Un hombre gordo parece un hombre

Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen

VALENCIA

de talento; sus razones nos figuramos que serán de peso; irá siempre con pies de plomo, y desde luego le creemos sesudo, incapaz de hacer ligerezas.

Pero... ¡ay!.. que todo no ha de ser vida y dulzura en este valle de lágrimas.

Los gordos suelen llegar tarde a las citas. Si entran en un vagón, son mal recibidos; si les ataca un perro, no pueden correr; si hay que esconderlos, son una calamidad; no caben en ningún sitio; estorban y sudan; ¡es una barbaridad! lo que sudan;

Si se caen en la calle, no hay quién se acerque a alzarlos; si se prueban un traje, lo revientan; si abrazan a otro le ahogan... Si se caen en una escalera, ruedan hasta el portal; si se sientan a comer, la barriga les impide acercarse al plato; y finalmente lectores si se les cae una peseta, antes de que se agachen pasa un chiquillo, la coge y sigue tan campante.

Pues ¿hay martirio más horrible que el de no poderse rascar la espalda? ¿Y eso de montarse en un burro y el animalito quedarse tieso y sin dar un paso?

Decididamente los gordos son muy desgraciados. ¡La desgracia debe ser gorda! Pero el que no se consuela es porque no quiere; y todos tenemos en una misma mano dedo gordo y dedo meñique.

Y si se dice de los tontos, que son de entendimiento gordo; de los desmemoriados también se dice que son flacos de memoria.

Y así podríamos continuar aún; pero sirvan estas consideraciones para consuelo de gordos y flacos y hagan todo lo posible por guardar una prudente distancia de unos y de otros, manteniendo un peso a que no se le puedan aplicar ninguno de estos comentarios.

SUSTITUTO

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTÍN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)